

«Con los cinco sentidos»,
de Leopoldo de Luis*

Un libro lineal. Un asombroso libro proyectado desde el entendimiento, un entendimiento cordial, ordenado por unas claves aparentemente sencillas. Un libro trabajado en el corazón al filo de la palabra, sin equivalencias, sin estridencias. Está contemplado con una sutileza estética que se queda en el hueso, en lo más puro, en el eje de mayor consistencia. Un libro aparentemente elemental a juzgar por la forma en que todo está *dicho*. Un texto filosófico si nos atuviésemos al rigor de su concepto. Un libro realizado en un solo trazo, —a pulso, sin levantar la mano, sin separarse el alma de la pluma. De acuerdo con su título está concebido en cinco tiempos sensoriales más un corolario realista. Por esos cinco cauces ingénitos a la realidad e ineludibles para el ser humano, Leopoldo de Luis desemboca en verdad y hace de ella su credo. Profesa en la realidad y se vale de esos cinco jueces que le convierten en testigo.

*Oí, toqué, gusté, vi y he oído.
Testigo soy. En la realidad creo.*

El primer juez, la vista, le procura los primeros perfiles de su realidad. Ahí está lo cotidiano,

* *Con los cinco sentidos*, de Leopoldo de Luis. Ediciones Javalambre. Número 6. Zaragoza, 1970.

*Esta mesa, esa lámpara, la silla,
el libro...*

Aquí están nuestros ojos esculpiendo la realidad en su intención sucesiva. Ojos que son "infatigables escultores". La vista tiene un inmediato recinto: el de las cosas, la luz, el nuevo día, todo lo que se relaciona de un modo inmediato con "la costumbre de estar vivo". Pero hay ojos también para el dolor. El dolor es para Leopoldo de Luis una comprobación visual que le conmueve y le compromete.

*Veo el dolor, y sé que es ropa triste
y lacio pelo y rostro de alba rota.
Veo su lenta procesión remota
que desde el fondo gris del tiempo existe.*

Porque ciertamente existe una estética el dolor que se conforma en unos patéticos cauces de expresión. Y esa morfología del dolor tiene un origen tan remoto como la vida misma. Leopoldo de Luis nos enseña que existe también el dolor de los recuerdos, el de nuestros muertos, el de nuestras decepciones, porque la vida en cierto modo comporta una dinámica de sensaciones, una

*triste carrera
de rosas y esqueletos*

En los niños ve la esperanza, presiente los hombres del mañana, ausculta la vida. Uno de los signos de com-

probación más eficaces en estas diferentes formas visuales de asimilar la realidad quizá sea esa "arpillera rota" encontrada en los objetos del pintor Manolo Millares:

*Una mano implacable zurcidora
recompone, remienda y ata cabos
y hay un cordel que llora
su triste zigzaguo.*

En ese desvalimiento del material de desecho, por una feliz asociación de ideas, Leopoldo de Luis reconoce al hombre atrapado por la realidad, arrumbado en cualquier parte sin opción a la excluyente felicidad.

*Y la triste arpillera
que es el hombre atrapado
llora como cualquiera
viéndose retratado.*

Si en la primera sección de su libro parte del dicho humano "vivir para ver" y de él extrae su experiencia visual, en esta segunda parte donde el testimonio rígido va a ser el oído, empieza por la frase "se oye crecer la yerba". De ese enorme tiempo y de ese gran silencio a cuyo paio el hombre espera, surge la primavera del sentido, el prodigio potencial de la sembradura, el concierto de la vida. Por eso llegará a esta evidencia:

*Somos también yerba
tú y yo, creciendo en el silencio.*

Sus poemas se van produciendo como una ofrenda, como un diálogo sin espera a respuesta, hacia un prójimo inmediato y vacío, hacia una ausencia que quizá reconoce o presiente, o con la que tal vez se quema en inevitable frontera. Se refiere a él, al hombre, como en los poemas más íntimos se refiere a la mujer, a la compañera. Pero ¿hay algo más íntimo que ese hombre que uno es capaz de conocer e interpretar? Esta vez es la palabra, como otras pudo ser el llanto que también nos convoca al dolor, como otras ha sido la risa que nos conforma con la realidad:

*Si las rosas sonaran, sonaría su encaje
como la risa suena entre los dientes*

Y por fin, la música es una forma de conocimiento que no se sabe por qué ha colocado al poeta en un cauce de afinidad extrema, con un tiempo vital de juventud y de promesa. Tienen estos versos un estremecimiento ardoroso y profundo y parecen engastados en un ritmo mágico:

*El tiempo se detiene,
amanece lo hermoso, la creación del lado de lo eterno se
escorza*

En esta escucha de lo que la vida nos proporciona el poeta se lamenta de que la lluvia sea también algo que inevitablemente conduce a escucharla "como quien oye llover". Esta apoyatura en la simbología popular de los decires tiene una gran tradición en la poesía española y ha sido veta en la que especularon los poetas más carac-

terizados, entre los más rigurosamente formalistas, de la generación del 27. El testimonio del olfato parte también de otra expresión sobreentendida: "Algo huele a podrido en Dinamarca". En este poema Dinamarca es la vida. La queja hamletiana se refiere a la realidad del hombre. Hamlet es el hombre. La vida un príncipe inquieto e inadaptado. Un sentido telúrico hace conocer al poeta su gran verdad a través del "olor de tierra",

*Creo en la tierra porque soy yo mismo.
Cuando siento su olor, más claramente
me llega esta verdad.*

Reconoce olores negativos como "ese acre olor" que el dolor y la fatiga, el trabajo y el desengaño, proporcionan. Y como antítesis establece el poeta una maravillosa definición del perfume:

*A ciegas avanzamos
y el olor es un hilo
de Ariadna que nos lleva de la mano
fuera del laberinto.*

Por ese rastro del olor llegará a descubrir la naturaleza física del amor hasta convertir en un axioma su realidad:

Amar es una forma de olor

Esta sensación está perfectamente captada en un poema erótico que titula "Hueles de una manera diferente".

Sobre la estética del olor surge otro poema —“Huelen las rosas”— que esboza con esta feliz embocadura:

*Sobre la mesa has puesto un barro humilde
con unas rosas que lo justifican*

En su sobria teoría equivalencial las rosas son al barro lo que la esperanza o la sonrisa son al hombre. Este poema de rosas aborda un concepto social. ¿Las hemos merecido?, se pregunta el poeta. Las rosas son a veces algo que nos delata y nos condena. También está el sabor como testigo de excepción de graves cuestiones. De una manera simbólica la vida responde a la mirra de la Adoración. La vida es un sabor. Un amargo sabor, una comprobación letal. Pero si esta intención es grave y profunda, no lo es menos la que refiere el poeta a “El sabor del pan”. Este concepto está canalizado por un cauce conminatorio de ética: el pan es sabor a trabajo.

Como a trabajo y esperanza sabe.

Leopoldo de Luis ha querido dejar reflejado en este abanico de concomitancias sensoriales “el sabor de la sangre”, quizá porque ve en el hombre que la sangre, su propia sangre, es lo que más rigurosamente le ata a su destino y a su muerte.

*Una bala en la boca
se la llenó de sangre.*

El hombre puede pensar: “esto que me trago poco a

poco es mi propia vida". El hombre está comprobando que si un último sabor es el de la muerte, la muerte sabe a rojo desengaño. Como Pablo Neruda culminó con sus odas humildes a lo cotidiano, Leopoldo de Luis ensalza "Los humildes sabores" y se hace amigo de ellos y comparte los elementales condumios de la mesa pobre y también recordará el gajo amargo de la naranja y la gran virtud de las sopas de ajo. Hay una triste recordación del odio en estos versos que revelan un ayer resuelto a fuerza de sangre:

*No nos vemos el hueco de la boca
hacia el sabor del odio
digo el de sopas de ajo entre fusiles*

Del tacto sacará consecuencias hermanadas con mundos no inmediatos. Su poema "Toco a tientas" revela por su título una actitud de torpeza, una oscura orientación que marca secretos caminos, "candente rastro en forma fugitiva". El hombre no está seguro de nada, la niebla, el sueño, la ceguera han puesto en el tacto un legado de esperanza.

Por cualquiera de estas ponderaciones, el libro de Leopoldo de Luis es intenso de concepto y de estilo. El poeta ha obtenido una condensación de todo su mundo poético en unas páginas que revelan distintos arpegios de su clave. Leopoldo de Luis está entre esos pocos poetas que han de quedar para ser citados y analizados y hasta revisados —qué remedio— en nuestro brillante momento histórico de la Poesía.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA